



MINISTERIO DE CULTURA

Museo del Hombre Dominicano



PAPELES OCASIONALES No. 16



AON

Y LA HISTORIA PRECOLOMBINA
DOMINICANA
Notas arqueológicas

Divaldo A. Gutiérrez Calvache
José B. González Tendero
Thimo Pimentel Hernández
Clenis Tavárez María

OCTUBRE DE 2013

Museo del Hombre Dominicano
Octubre de 2013

Sobre la presente edición:

© Divaldo A. Gutiérrez Calvache, 2013

© José B. González Tendero, 2013

© Thimo Pimentel, 2013

© Clenis Tavárez María, 2013

Edición: Niurka Núñez González

Diseño de cubierta: MSc. Divaldo A. Gutiérrez Calvache

Imagen de cubierta: MSc. Divaldo A. Gutiérrez Calvache



Museo del Hombre Dominicano

Calle Pedro Henríquez Ureña, Plaza de la Cultura

Santo Domingo, DN, República Dominicana

Email: museodelhombredominicano73@gmail.com

Con la colaboración de:



Dedicamos este modesto esfuerzo
al biólogo dominicano Renato Rímoli,
por su voluntad, amistad y compromiso con nuestros proyectos



Interpretación Contemporánea del perro precolombino. Thimo Pimentel.

Agradecimientos

Los autores desean dejar constancia de su agradecimiento, en primer lugar, al Arquitecto Christian Marttínez Villanueva, director del Museo del Hombre Dominicano, por su compromiso ético con nuestro trabajo.

Otros colegas han sido, sin lugar a dudas, baluarte de nuestro criterios e interpretaciones arqueológicas sobre el perro precolombino dominicano: a Marcio Veloz, Jorge Ulloa, Carlos Andújar, Carlos Hernández, Fátima Portorreal, Arlene Álvarez, odalis Rosado, Rafael Puello, Abelardo Jiménez, Harold Olsen y Mirian Orli, por su colaboración en todos y cada uno de nuestros proyectos.

Asimismo deseamos agradecer a Niurka Núñez, Efrén Jaimez, Roberto Valcárcel, Carlos Arredondo, Roberto Rodríguez, Armando Rangel, Daniel Torres, Liamne Torres, Iriel Hernández, Pedro Pablo Godo, Gerardo izquierdo, Michael Cobiella, Miguel Rodríguez, Yvonne Narganes y Odlanyer Hernández, por su ayuda para culminación de este pequeño trabajo.

Introducción

El perro es, sin lugar a dudas, el animal doméstico más cercano al hombre. Esta cercanía es difícil de precisar en el tiempo, pero los estudios contemporáneos indican que la evolución a *Canis lupus familiaris* puede haber comenzado desde hace algo más de 300 000 años, según los más recientes hallazgos de restos de lobos asociados con restos de homínidos, encontrados al norte de la República Popular China. Existe consenso en que el perro proviene de lobos euroasiáticos como el lobo de China (*Canis lupus chanca*) o el lobo de la India (*Canis lupus pallipes*).

El cómo se produce este paso es otro de los grandes debates académicos sobre el origen del perro, aunque sí existe unidad de criterio en cuanto a que fueron las atenciones culturales que el hombre prestó a cachorros de lobo las que generaron el comienzo de una domesticación que terminaría en la formación del *Canis lupus familiaris*. Respecto a esto, no queda claro aún si fue el hombre el que se aproximó al lobo o a sus cachorros, o si fue el lobo el que se acercó al hombre, en busca de un nuevo nicho ecológico que produjera estabilidad en los alimentos.

Uno de estos procesos se originó, para algunos investigadores, hace alrededor de 30 000 años (Serpell, 1995; Valadez, 2003 y Fernández et al., en prensa), pues existen registros arqueológicos de perros domésticos con 31 000 años de antigüedad en Bélgica, 26 000 años en la República Checa y 15 000 años en Siberia (Wayne, 2010).

Para otros estudiosos, los restos más antiguos y mejor documentados son los encontrados en Iraq, que datan de hace unos 12 000 años, mientras que en Norteamérica se han encontrado restos de perros (fig. 1) de casi 10 000 años atrás (Borroto - Páez, 2011).



Fig. 1. Fragmento de hueso del cráneo de un perro, descubierto en la cueva Hinds, en el suroeste de Texas. El fragmento tiene una antigüedad de 9 400 años y un análisis de ADN confirmó que provino de un perro y no de un lobo, un coyote ni un zorro

En definitivas, la evolución del perro tiene una larga historia natural, en la cual el hombre jugó un rol fundamental. Es preciso dejar establecido que características muy peculiares del perro facilitaron esta interacción, al ser este un animal social que puede formar manadas con jerarquía o deambular solo o en pareja, que tiene los sentidos del olfato y el oído muy desarrollados y asume conductas tanto diurna como nocturna, y que, aunque por dentición es carnívoro, se adapta fácilmente a una dieta omnívora (Borroto-Páez, 2011). Todo ello hizo de este, con el paso de los años, desde la antigüedad hasta hoy, un eficiente e indispensable compañero del hombre, el cual se acomodó a la compañía de este fiel mamífero.

En este escenario comenzó, hace algo más de 10 000 años atrás, el poblamiento del Caribe antillano y, junto con los primeros aborígenes continentales que se arriesgaron a surcar los mares de esta parte del planeta, se encontraba el perro (Gutiérrez y Jaimez, 2008).

Gracias a los relatos y crónicas de Indias y, en particular, al padre Bartolomé de Las Casas, hemos podido saber que a este cánido precolombino los aborígenes lo nombraban aon, al contarnos lo siguiente: “Según yo conocí hombre español, que al cacique, señor con el que él pudiera vivir por mozo de espuelas llamaba **aon**¹, que en la lengua de los indios quiere decir perro” (Las Casas, 1929). Por ello, en la actualidad, la mayoría de los investigadores coinciden en que aon es un vocablo de origen aruaco que quiere decir perro.

También gracias a la insigne labor del fraile ermitaño Ramón Pané, hemos podido conocer que, para estos grupos, el perro tuvo un importante significado religioso, al incluir en su panteón animista al dios perro Opiyelguaobirán.

Siguiendo algunos de estos elementos ofrecidos por los cronistas, algunos investigadores han sugerido que el perro llegó a las Antillas en la edad cerámica y, en especial, con los grupos taínos (Rodríguez, 2007). Sin embargo, es llamativo que, en el caso de Cuba, la arqueología ha puesto de manifiesto la presencia de restos de cánido en estratos arqueológicos fechados entre 2000 y 4000 años atrás, en los sitios Cueva del Arriero y Cueva de la India, en Pinar del Río, en el extremo occidental de Cuba, y en la Solapa de Canímar Abajo, Matanzas, en la región centro-occidental, en todos los casos asociados a contextos arqueológicos de apropiadores preceramistas, por lo que hoy podemos afirmar que la presencia del perro tiene en nuestra región

¹ El subrayado en negrita es nuestro

una edad bien temprana, que comenzó con las oleadas de aborígenes cazadores, pescadores y recolectores de economía apropiadora. A pesar de lo anterior, sin lugar a dudas, es en la edad cerámica que se nota un incremento de la presencia del perro en los contextos arqueológicos de las islas caribeñas —situación que se refleja en la República Dominicana—, lo que ha sido interpretado como que fue en esta etapa que el perro elevó su labor como compañero inseparable del ocupante americano (Fernández et al., en prensa). Esta realidad está sustentada también en el hecho incuestionable de que las artes precolombinas de nuestra región presentan una diversificación, composición y espiritualidad mucho más desarrollada en los grupos ceramistas de economía productora, lo que le ha permitido a los arqueólogos contar con mejores y más diversos elementos para reconstruir la historia de las relaciones humano-perrunas en el Caribe antillano, en general, y en la República Dominicana, en particular.

Entonces, son las artes precolombinas uno de los vehículos más importantes para el estudio de aon, el perro indígena de las Antillas. El uso de su imagen en el modelado de numerosa cacharrería aborigen, en la confección de figurillas mobiliarias, tanto en cerámica como en piedra, la utilización de su dentición como materia prima en la confección de objetos rituales y corporales, las tallas en madera y concha de representaciones asociadas al dios perro (Opiyelguaobiran), así como su abundante y peculiar presencia en el arte rupestre antillano, hacen de todos estos elementos una exquisita fuente de información.

Tales relaciones, junto a los datos de las Crónicas de Indias y al material osteológico de cánidos encontrado en los estratos arqueológicos de numerosos sitios del país son, en sí mismos, los objetivos centrales de este trabajo.

En el intentamos agrupar la mayor cantidad de información posible sobre la presencia de aon en la actual República Dominicana, persiguiendo sobre todo viabilizar el trabajo de los investigadores, al reunir en un solo texto un importante volumen de datos dispersos en un sinnúmero de publicaciones y colecciones de diversas instituciones científicas, no siempre a la disposición y alcance de los profesionales del tema.

Aunque el objetivo central de este trabajo es el antes referido, nos fue imposible alejarnos de la interpretación arqueológica y sus consecuentes inferencias, por lo que el lector encontrará también aquí comentarios y análisis de las implicaciones que no pocos elementos asociados al perro precolombino tienen para la reconstrucción de la historia de los pueblos originarios de la República Dominicana.

Crónicas e historiadores de aon en La Española

La primera persona que relató la presencia del perro en el hemisferio occidental fue el Almirante Cristóbal Colón (1436-1506), cuando, tras el primer contacto con la isla que él denominó La Fernandina (Bahamas), el 17 de octubre de 1492, refirió en su diario: “Y ahí había perros mastines y blanchetes” (Colón, 1961).

Con posterioridad, fueron varios los cronistas que expusieron sus vivencias con el perro precolombino, en especial con el del Caribe antillano, entre los cuales se pueden citar fray Bartolomé de Las Casas, Diego Álvarez Chanca, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés Bernáldez, Miguel de Cúneo, Pierre de Charlevoix, fray Ramón Pané, Pedro Mártir de Anglería y Francisco López de Gómara.

Ahora bien, la primera referencia histórica que se puede encontrar sobre la presencia del perro en tierras de la isla de La Española aparece en una carta del doctor Diego Álvarez Chanca, dirigida al Cabildo de Sevilla, donde se informaba sobre los resultados del segundo viaje del Almirante, realizado en 1493.

El autor le expone al cabildo las experiencias de ese viaje en cuanto a la isla, y refiere: “En ella ni en las otras nunca se ha visto animales de cuatro pies, salvo algunos perros de todos colores, como en nuestra patria...” (Álvarez Chanca; en Portuondo, 1977). Poco más tarde, el fraile ermitaño Ramón Pané, quien viviera entre los años 1494 y 1498 en La Española, describió, en su importantísima obra *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, un pasaje mitológico

que escuchó de los indígenas de dicha isla, en relación con una de sus deidades, que tenía “cuatro pies, como de perro”:

El cual cemí Opiyelguobirán dicen que tiene cuatro pies, como de perro, y es de madera, y que muchas veces por la noche salía de casa y se iba a las selvas. Allí iban a buscarlo, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas; pero él se volvía a las selvas. Y cuando los cristianos llegaron a la dicha isla Española, cuentan que éste se escapó y se fue a una laguna; y que aquéllos lo siguieron hasta allí por sus huellas, pero que nunca más lo vieron, ni saben nada de él... (Pané; en Arrom, 1990).

Varios años después del descubrimiento, llegó al Caribe Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557), quien en 1535 fuera nombrado comandante del fuerte de Santo Domingo. Sus experiencias por algunas islas caribeñas son narradas en su Historia General y Natural de las Indias, donde incluye sus observaciones de los perros de estos parajes, y al referirse a los de la isla de La Española nos dice:

Eran todos estos perros aquí en esta isla e las otras islas mudos e aunque los apaleasen ni los matasen, no sabían ladrar; algunos gañen o gimen baxo cuando les hacen mal (...). Perros gozques se hallaron en aquesta isla Española y en todas las otras islas que están en esto Golfo (pobladas de Chriesteanos), los cuales criaban los indios en sus casas. Al presente no los hay y cuando los uvo, los indios tomaban con ellos los animales todos (Fernández de Oviedo, 1851).

Por su parte, el cronista francés Pierre de Charlevoix, al parecer por informaciones llegadas a él, afirma que los perros de la isla de La Española sirvieron de alimento a los conquistadores españoles durante sus primeras incursiones en dichas tierras (Rodríguez, 2007 y Fernández et al., en prensa).

Datos obtenidos de la Real Hacienda de Puerto Rico reflejan que, en la década de 1510 a 1520, era común entre los conquistadores el trasiego de perros desde La Española hacia Puerto Rico (Tanodi, 1971).

Finalmente, Luis Joseph Peguero, al escribir su monumental obra Historia de la Conquista de Santo Domingo, reproduce la imagen del cánido encontrado por los conquistadores en la isla de La Española (fig. 2), para más adelante, al referirse a los comentarios de los cronistas, reseñar: “Era el tercero animal los Goges, una especie de perros semejante a los nuestros, pero con la diferencia de **ser mas largos de hosico y pies y manos mas gruesos**², y ser tan mudos que aunque los matasen a palos ni aullaban, ni gritaban” (Peguero, 1975; en Pagán, 1978).



Fig.2. Ilustración del perro “mudo” precolombino, realizada por Luis Joseph Peguero

Hasta aquí, los datos que se pueden extraer con absoluta certeza, para el territorio de la isla de la Española, de las crónicas y los historiadores de los primeros años

² El subrayado en negrita es nuestro

de la conquista y colonización, referentes al perro que encontraron los españoles a su llegada a estas tierras. Aunque escuetos y quizás poco precisos, la identificación de estos comentarios, de conjunto con el estudio de la presencia de sus restos en residuarios arqueológicos, y de su presencia en las artes y cacharrería aborígen; así como las referencias a este cánido en otras islas del Caribe, nos permitirán, al final de esta obra, intentar un acercamiento arqueológico a la figura de aon y su rol en las sociedades originarias dominicanas.

Evidencias osteológicas

Hasta hoy, los reportes de restos óseos de perros precolombinos en contextos arqueológicos de la República Dominicana no se pueden considerar numerosos. Sin embargo, aunque pequeño, este registro permite establecer al menos los primeros análisis de correlaciones, similitudes y diferencias a nivel nacional, lo cual abrirá el camino de la inserción de los datos dominicanos en el análisis regional para el Caribe antillano, y así obtener en el futuro mayor claridad sobre el rol que desempeñó el perro en nuestra historia más temprana.

Para comenzar a organizar esta información, es imprescindible reconocer que los hallazgos son el resultado del trabajo de investigadores que, desde hace algunas décadas, vienen reportando de forma sistemática las evidencias de restos óseos de perros en yacimientos arqueológicos aborígenes de la República Dominicana. Dentro de este grupo, es muy importante reconocer la particular dedicación al tema de dos estudiosos dominicanos: el doctor Marcio Veloz Maggiolo y el profesor Renato Rímoli.

Los descubrimientos, que se sucedían en cada una de las excavaciones e investigaciones que realizaban los arqueólogos dominicanos (fig. 3), se convertirían en las pruebas arqueológicas que reafirmarían los datos obtenidos de las Crónicas de Indias, vistos en el capítulo anterior, y que son la primera referencia escrita de la presencia de perros en las comunidades, poblados y aldeas que visitaron los europeos en los primeros tiempos de la conquista y colonización.



Fig. 3. Rama mandibular derecha de un cánido precolombino, encontrada en Ramón Santana, San Pedro de Macorís (Lawrence, 1978: 19)

Con los materiales óseos de esos primeros hallazgos, un grupo de zooarqueólogos dominicanos y extranjeros comenzaron las primeras aproximaciones al perro precolombino de La Española (fig. 4).

Entre estas, se pueden destacar por sus resultados los trabajos realizados por el destacado biólogo e investigador del Museo del Hombre Dominicano, Profesor Renato Rímoli, ya mencionado; por la doctora Bárbara Lawrence –quien en la década de los 70 del siglo XX se desempeñaba como decana del Museo de Zoología de la Universidad de Harvard, y fuera invitada por Veloz Maggiolo a estudiar los primeros especímenes obtenidos para la colección del Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo– y, más recientemente, por la doctora Elizabeth S. Wing, Curadora Emérita del Museo de Historia Natural de la Florida y el doctor Lee A. Newsom, Profesor de Antropología de la Universidad Estatal de Pennsylvania.

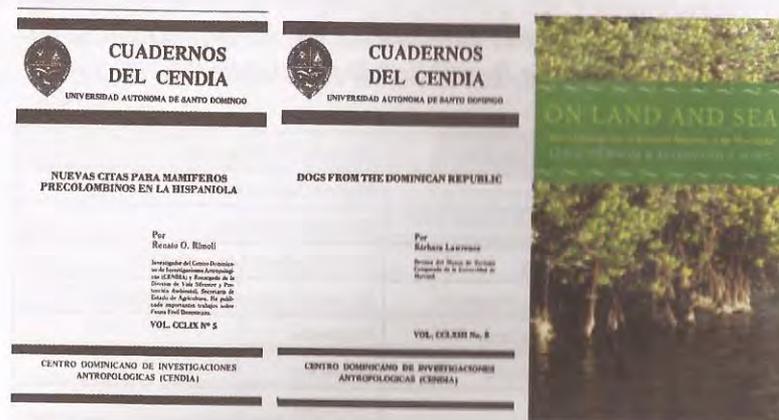


Fig. 4. Facsímil de algunas de las publicaciones más importantes sobre el perro precolombino de La Española

Para este trabajo, y después de una búsqueda intensiva, hemos podido reunir referencias al hallazgo de restos óseos del perro precolombino en 13 sitios arqueológicos del país, los que, a su vez, constituyen el total de los sitios con este tipo de reporte para la isla de La Española, pues hasta hoy no se han logrado obtener evidencias de este mamífero en estratos arqueológicos de Haití (Tabla I).

El lector deberá entender que no necesariamente están en esta relación todos los hallazgos, pues es probable que algunos de estos permanezcan sin ser publicados ni divulgados, y otros pueden haberse realizado por personas que no reconocieran el valor de dichos especímenes para los estudios arqueológicos dominicanos, por lo que no se refirieron a ellos en sus publicaciones.

Tabla I. Registro del reporte de evidencias óseas de cánidos precolombinos (*Canis familiaris*) en sitios arqueológicos precolombinos de la República Dominicana

Sitio Arqueológico y Ubicación	Tipo de evidencias
La Cucama, Distrito Nacional	Molares(perforados)
La Caleta, Distrito Nacional	Esqueleto completo
Loma el Peral, La Altagracia	Dos esqueletos casi completos
Cueva en Cabo San Rafael, La Altagracia	28 caninos (perforados y decorados)
Manantial de la Aleta, La Altagracia	Osamenta
Manantial de Chicho, La Altagracia	Osamenta
Punta Cana, La Altagracia	Vértebras
Juandolio, San Pedro de Macorís	Osamentas
Ramón Santana, San Pedro de Macorís	Restos craneales, huesos largos y huesos cortos
Cueva de Playa Guayacanes, San Pedro de Macorís	46 dientes caninos (todos perforados)
Cueva de los Indios, San Pedro de Macorís	Osamentas (2 esqueletos casi completos)
Escalera Abajo, Puerto Plata	Restos maxilares y mandibulares
El Carril, Valverde	Fragmento de cráneo, pelvis, tibia y vértebras

En cuanto a su distribución, los hallazgos de restos óseos del perro precolombino en la parte dominicana de La Española van desde el extremo este, en Cabo San Rafael, La Altagracia; hasta el extremo noreste de la costa septentrional, en el sitio El Carril, provincia de Valverde, pasando por la costa sur, en La Caleta, Santo Domingo, D. N.

Estos resultados permiten ubicar a la República Dominicana como el segundo territorio del Caribe antillano donde mayor número de hallazgos de evidencias óseas del perro precolombino se han encontrado hasta hoy, ubicándose detrás de Cuba y registrando el 16 % del total del área (Tabla II).

Tabla II. Cantidad de sitios arqueológicos y peso porcentual de los hallazgos de restos óseos de cánidos precolombinos (*Canis familiaris*) en las islas del Caribe, Bahamas y Turks & Caicos

LOCALIDAD	CANTIDAD DE SITIOS CON EVIDENCIAS ÓSEAS DE CÁNIDOS PRECOLOMBINOS	PESO PORCENTUAL
Cuba	40	49%
República Dominicana	13	16%
Puerto Rico	12	15%
Barbados	4	5%
Antigua	2	3%
Granada	2	3%
Turks & Caicos	1	1%
Jamaica	1	1%
Guadalupe	1	1%
Martinica	1	1%
San Eustaquio	1	1%
San Martin	1	1%
San Kitts	1	1%
Montserrat	1	1%
Santa Lucía	1	1%
TOTAL	82	100%

La antigüedad del perro en la República Dominicana es todavía una incógnita para los investigadores. En la mayoría de los casos, se han asumido edades relativas a partir de criterios estilísticos y tipológicos de otros elementos arqueológicos encontrados en los residuarios donde han aparecido los restos óseos de cánido. Solo en los casos de El Carril, en Valverde, y Ramón Santana, en San Pedro de Macorís, se tienen datas absolutas por C14, con fechas del 920 y el 1350 de nuestra era (Veloz Maggiolo, según Lawrence, 1978).

Las datas anteriores, junto a la mayoría de las evidencias encontradas en la generalidad de los sitios con restos del cánido aborígen dominicano, apoyan la idea sostenida por la mayoría de los investigadores, que sugieren que fue en la edad cerámica de la República Dominicana, y del Caribe en general, que el perro ocupó un lugar destacado en la vida diaria de nuestras comunidades precolombinas (Fernández et al., en prensa).

Este criterio se ha visto reforzado por la relativa presencia de figurillas de cerámica de morfología canina que han sido modelada de forma independiente o formando parte de decoraciones de otros objetos cerámicos. Es imprescindible, antes de cerrar este capítulo, dejar explícito que en varias islas de la región han aparecido restos del cánido precolombino asociados a contextos arqueológicos de apropiadores tempranos, siendo quizás el caso más importante, para el Caribe, el hallazgo de piezas dentarias de un perro (fig. 5) en el sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, Cuba, donde se ha obtenido una antigüedad C-14 calibrada de 7 600 años AP (Roberto Rodríguez, com. pers., 16 de mayo de 2008). Si bien esta data no es directa sobre las piezas dentarias de cánidos, su pertenencia al contexto datado es un elemento que obliga a revisar todo lo aceptado sobre las relaciones humano-perrunas en el Caribe precolombino.



Fig. 5. Pieza dentaria de un perro encontrada en los estratos arqueológicos del sitio Canimar Abajo, Matanzas, Cuba (Torres, 2009)

Aon y las artes precolombinas

Las artes precolombinas de la República Dominicana, al igual que la mayoría de las artes originarias del Caribe antillano, de América y de otros lugares del mundo, estuvieron directamente vinculadas al entorno natural que rodeaba a las comunidades que producían dicho arte.

La dependencia de estas comunidades de los recursos naturales para lograr su subsistencia generó un sólido cuerpo de creencias, ritos y ceremonias, que controlaban ideológicamente las relaciones hombre-medio, las cuales se expresan para los arqueólogos mediante el conjunto de evidencias utilitarias o rituales que hoy son recuperadas en los sitios arqueológicos.

Muchas de estas evidencias constituyen todo un legado artístico de pinturas y petroglifos, figurillas moldeadas en cerámica y talladas en madera o piedra, tallas en hueso o concha, etc., en fin, una vasta variedad de vehículos, a través de los cuales representaron escenas y personajes esenciales en sus creencias, con lo cual aseguraban el control de su mundo, así como la transmisión ideológica dentro y fuera de la comunidad.

En este panorama, la presencia de aon en las artes precolombinas dominicanas abarca casi todos los campos de las evidencias artísticas de los pueblos con los que convivió: sus piezas dentarias fueron utilizadas para la elaboración de pendientes y otros adornos corporales; cacharrería utilitaria decorada con sus imágenes se ha localizado en numerosos residuarios; y aparece también en diversas estaciones del arte rupestre.

De esta forma, el perro quedó plasmado en casi toda la obra creadora de los pueblos originarios de esta isla caribeña. En lo adelante, pondremos a consideración del lector un breve pero preciso registro de todas aquellas piezas del arte aborigen que hemos podido reunir, y que han sido consideradas como representaciones de aon.

• Figuras modeladas en cerámica

La parte dominicana de la isla de La Española ha sido también un área con importantes aportes de modelados cerámicos que representan a aon, el perro precolombino del Caribe antillano. Dentro de estos aportes, sobresale una figurilla de barro encontrada en la región de Macao y que, según la opinión de numerosos estudiosos, encabezados por el destacado investigador dominicano Fernando Morbán Laucer, es una representación del famoso perro “mudo” de las crónicas de la conquista (fig. 6A).



Fig. 6. Figurillas caninomorfas encontradas en sitios de la República Dominicana. (A) Figurilla de barro del sitio Macao. (B) Figurilla de barro de la Colección Pierre Dominó (Morbán, 1980 y Baztán, 1971-1972)

Otra figurilla similar es la comentada por Baztán (1971-1972), la cual, según este autor, es de origen dominicano y se encuentra formando parte de la colección Pierre Dominó (fig. 6B).

Tanto Baztán, en la obra ya citada, como Fernández et al. (en prensa) consideran dicha figura como una reproducción caninomorfa. En el cementerio aborigen de Constanza ha sido colectado un fragmento de figurilla de barro de lo que fuera una representación corporal de un cánido (fig. 7) a la que le falta toda la porción trasera (Krieger, 1931), pero la morfología de su parte delantera permite con un buen margen de certeza reafirmar el criterio de Krieger.

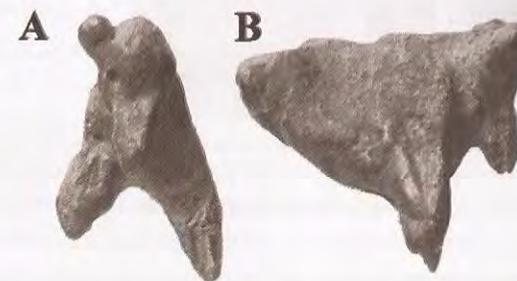


Figura 7. Fragmento de figurilla de barro encontrada en el cementerio aborigen de Constanza, República Dominicana. (A) Vista frontal. (B) Vista lateral derecha (Krieger, 1931)

El arqueólogo dominicano Manuel García Arévalo dio a conocer, en el año 1977, la existencia de una hermosa figura canina modelada en barro que es, a su vez, una vasija contenedora (fig. 8). Según este investigador, dicha pieza fue encontrada en un residuario agricultor del norte de la República Dominicana.

Para algunos estudiosos del tema esta pieza podría ser ajena a nuestro ámbito cultural y haber sido introducida en el área desde Centroamérica, específicamente de México (Fernández et al., en prensa). En la actualidad, esta hermosa representación del arte precolombino americano se encuentra expuesta en la sala de arte prehistórico de la Fundación García Arévalo, en Santo Domingo.

El arqueólogo Fernando Morbán, al referirse a esta pieza, ha expresado: "...un cuadrúpedo con una cabeza que asemeja a la de un león, mostrando los dientes en forma agresiva..." (Morbán, 1982).



Fig. 8. Vasija contenedora con figura caninomorfa, procedente de República Dominicana. Colección de la sala de Arte Prehispánico. Fundación García Arévalo

Otra importantísima figura, al parecer caninomorfa, y que fue modelada en barro, es la hoy expuesta en la colección arqueológica del Centro Cultural León Jiménez, en Santiago de los Caballeros (fig. 9). Esta curiosa figura posee un orificio de apertura en la parte superior de la cabeza del animal, que le impone una función contenedora. En toda la búsqueda que hemos realizado sobre esta pieza no hemos logrado obtener información sobre su origen, ni siquiera conocer cómo llegó al Centro León Jiménez.



Fig. 9. Vasija contenedora caninomorfa, Colección del Centro León Jiménez, Santiago de los Caballeros, República Dominicana (Roe, 1997)

En este grupo de figurillas, con relativas semejanzas morfológicas con los cánidos precolombinos, debemos incluir una pieza de barro encontrada en un sitio arqueológico de filiación Meillacoide, en la provincia de La Romana (fig. 10).

Dicha figura ha sido muy cuestionada en su aspecto morfológico, pues numerosos investigadores la han asociado con una representación de alguno de los miembros del orden Pilosa de la isla de La Española, como *Parocnus* o *Megalocnus* (Morbán, 1984).

Sin embargo, otros estudiosos también han sugerido su filiación caninomorfa, argumentando, sobre todo, que es este el único cuadrúpedo realmente asociable con estas figurillas, al no existir, en la actualidad, elementos certeros para admitir la convivencia temporal entre aborígenes agricultores y miembros del orden Pilosa para ninguna de las Antillas, incluida La Española (Fernández et al., en prensa).

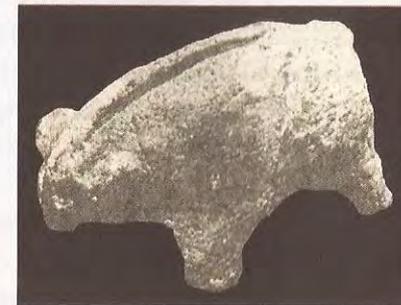


Fig. 10. Figurín de cerámica de la cultura Meillacoide, Provincia de La Romana, República Dominicana (Morbán, 1984)

Finalmente, existe otra figurilla de barro, que en la actualidad se encuentra en la Colección García Arévalo (Morbán, 1980), y que fuera encontrada en la región de Macao (fig. 11), la cual algunos autores consideran una

representación caninomorfa. Sin embargo, como han comentado otros investigadores, esta presenta muy pocos rasgos atribuibles a un perro, a no ser la posición cuadrúpeda con que generalmente ha sido enfocada (Fernández et al., en prensa).



Fig. 11. Figurilla procedente de Macao, representativa de un cuadrúpedo, asociada en algunas ocasiones con el cánido precolombino dominicano. Colección García Arévalo

Antes de finalizar este tema, creemos conveniente señalar que, para el territorio más occidental de la isla de La Española, que actualmente ocupa la República de Haití, hemos logrado documentar una figurilla de barro de indudable apariencia caninomorfa, la cual fue recuperada en el Valle de Tres Ríos, al noroeste del país, muy cerca de la frontera con la República Dominicana, y que fuera dada a conocer por F. Olsen en 1974 (fig. 12).

Lo más curioso de esta figurilla es la marcada definición de sus órganos genitales masculinos, situación que, como veremos más adelante, es recurrente en los diseños caninomorfos del arte rupestre dominicano.



Fig. 12. Figurilla caninomorfa del Valle de Tres Ríos, al noroeste de Haití

Hasta aquí, hemos enumerado y brevemente descrito las figuras que, modeladas en barro, pueden ser asociadas con el cánido precolombino de La Española. Desgraciadamente, estas evidencias en la República Dominicana y Haití no son tan profusas y definidas como en sus vecinas islas de Cuba y Puerto Rico. Por ejemplo, hasta hoy, la arqueología de La Española no ha logrado recuperar asas de vasijas con modelajes caninomorfos; que en las islas antes citadas han sido de singular importancia (fig. 13) para argumentar, sin duda razonable, el impacto de este mamífero en la ideología y psicología de las comunidades ceramistas de nuestra región.

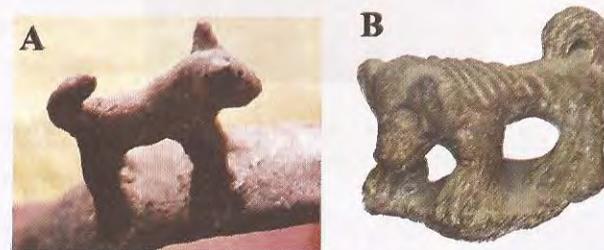


Fig. 13. Asas de vasijas de barro que modelan perfectas imágenes caninomorfas. (A) sitio Hacienda Grande, Loíza, Puerto Rico (cortesía de Miguel Rodríguez). (B) Sitio Varela 3, Maniabón, Holguín, Cuba (Torres, 2006)

• Figuras talladas en roca

Las imágenes de aon modeladas en roca, a manera de figuras mobiliarias, son escasas en todo el Caribe. Quizás el caso más espectacular que se ha documentado es el Dujo o Duho Oliver, un hermoso asiento (dujo o metate) ritual del tipo trípode, tallado en marmolita rosada, que fuera colectado en el sector de Dos Bocas, Utuado, Puerto Rico y que, más tarde, fuera adquirido por el Dr. José Oliver en el sector Los Coléricos de Arecibo, Puerto Rico.

En la República Dominicana solo dos piezas de este tipo han sido reportadas y una tercera, colectada fuera de La Española, ha sido considerada por algunos investigadores como manufacturada en esta isla. La primera de ellas representa una figura que parece corresponderse con un cánido, echado sobre sus cuatro patas, en la típica posición de descanso que asumen estos mamíferos (fig. 14). Esta pieza, cuando fue dada a conocer por Fewkes, en 1907, pertenecía a la colección Eduard Hall y, según dicho investigador, su origen es dominicano.

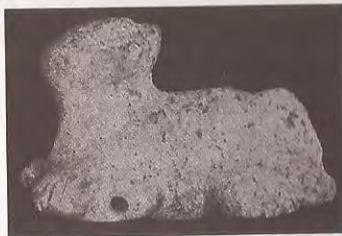


Fig. 14. Figurilla (colgante) modelada en piedra, de apariencia caninomorfa. Colección Eduard Hall

Lo más curioso de la pieza es la presencia de una perforación transversal, la cual sugiere su uso como pendiente, pues, como han sugerido otros investigadores, es muy probable que dicho orificio sirviera para pasar por él un cordón de fibra vegetal.

La segunda pieza modelada en roca que ha sido reportada para la República Dominicana es un majador, cuya parte superior presenta un diseño zoomorfo que, para el doctor Marcio Veloz Maggiolo, tiene forma de perro (Veloz, 1993).

Esta pieza (fig. 15), de la cual desconocemos su origen con exactitud, se encuentra hoy en las colecciones del Museo del Hombre Dominicano. En este punto debemos comentar que, para algunos investigadores, es representativa de un murciélago.



Fig. 15. Majador en forma de perro, colección del Museo del Hombre Dominicano (Veloz, 1993)

La tercera pieza caninomorfa elaborada en roca (fig. 16), como ya comentamos, fue colectada en Barbuda, una de las pequeñas islas del noreste del arco antillano, entre las fronteras del Caribe y el Atlántico.

Fue dada a conocer por F. Olsen, quien consideró que, a pesar del lugar de su hallazgo, debía haber sido manufacturada en la República Dominicana (Olsen, 1974), criterio que ha sido aceptado por otros investigadores.



Fig. 16. Figura caninomorfa (donde solo se representa la cabeza) modelada en roca, encontrada en Barbuda y supuestamente elaborada en República Dominicana

• Figuras talladas en madera

Solo una imagen caninomorfa modelada en madera ha sido reportada para la República Dominicana.

Dicha pieza está bellamente tallada en la parte superior o empuñadura de un bastón de madera, perteneciente a la Colección Archibichops, de Santo Domingo, y depositada en la sala de arte precolombino del Museo del Hombre Dominicano (fig. 17).

Esta es una pieza sin lugar a dudas muy singular para todo el Caribe, lo más llamativo de ella es la asociación cánido - ave, pues sobre la cabeza de la figura caninomorfa aparece tallada a manera de tocado la representación de un ave.

Esta asociación es de singular importancia, si aceptamos que la relación diseños caninormos y ornitormos, compartiendo espacios "sagrados", está repetidamente presente en el arte rupestre dominicano, lo cual comentaremos en próximas líneas.



Fig. 17. Empuñadura de bastón de madera con talla caninomorfa. Colección Archibichops, Santo Domingo, hoy en el Museo del Hombre Dominicano

• Piezas dentarias decoradas o perforadas

En la República Dominicana se han reportado varios hallazgos de piezas dentarias de cánidos, utilizadas por los pueblos originarios para la confección de adornos corporales y objetos rituales.

El primero de estos reportes fue dado a conocer en el año 1977, por el profesor Renato Rímoli, y fue registrado en una cueva de Cabo San Rafael, en la provincia de La Altagracia.

El hallazgo consistió en unas 4,000 piezas dentales de mamíferos que, en conjunto, formaban conformaban un collar. De estos cuatro millares de dientes, un número importante fue identificado como piezas caninas, de las cuales no pocas presentan talladas figuras antropomorfas

y geométricas, pero todas presentan en su parte superior la típica perforación bicónica para ser ensartados por una cuerda y ser empleados como pendientes (fig. 18).

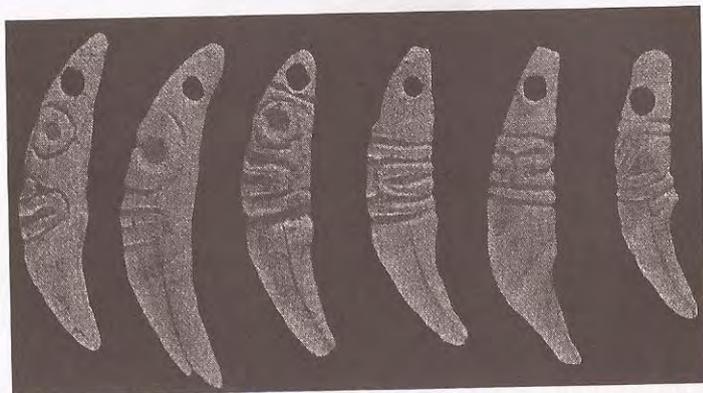


Fig. 18. Dientes de cánidos tallados con figuras antropomorfas y geométricas, de Cabo San Rafael, La Altagracia, República Dominicana (Rímoli, 1977)

Hace unos años, los investigadores cubanos Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta Delgado dieron a conocer los detalles de una colección de algo más de 40 dientes, que poseen como característica estar perforados en la base de la raíz, para ensartarse en collares, brazaletes o tobilleras; de este grupo de dientes se han identificado un total de 46 como pertenecientes a cánidos (Jiménez y Arrazcaeta, 2005: 190).

Dicho material, aunque perteneciente en la actualidad al Museo del Gabinete de Arqueología, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, fue colectado en el sitio arqueológico Cueva de Playa Guayacanes, en San Pedro de Macorís, República Dominicana (fig. 19).



Fig. 19. Reconstrucción del collar del sitio Cueva de Playa Guayacanes, San Pedro de Macorís, utilizando 40 dientes de cánidos (Jiménez, 2012)

Finalmente, debemos mencionar el tercer reporte de especímenes dentales de cánidos asociados a sitios arqueológicos de la República Dominicana, y que presentan evidencias de la interacción antrópica: un importante conjunto de molares, recuperados en el sitio arqueológico La Cucama, en Santo Domingo, D. N., los que también fueron utilizados en la confección de colgantes o pendientes (fig. 20).

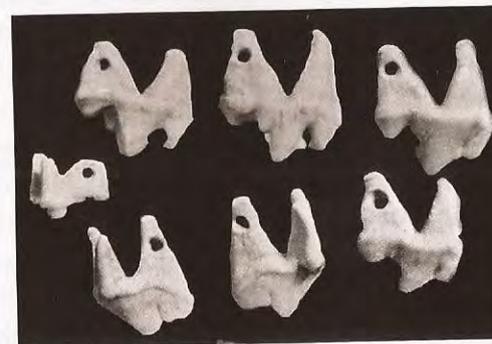


Fig. 20. Pendientes elaborados en molares de cánidos, del sitio La Cucama, República Dominicana. Colección García Arévalo (Ortega, 2005)

Pendientes elaborados en piezas dentarias de cánidos han sido también encontrados en sitios de otras islas caribeñas, sin embargo, son La Española (República Dominicana) y Cuba las que han aportado las mejores y más importantes piezas.

En Cuba, por ejemplo, son significativas las piezas encontradas en los sitios Abra de Mariana, Caujerí y Asiento No. 7, todos en la provincia de Guantánamo, y en los sitios Ventas de Casanova y Damajayabo, en la provincia Santiago de Cuba.

• *Pictografías*

A partir de este instante, pasaremos a abordar la presencia del perro en las manifestaciones rupestres, específicamente en la pintura o pictografías, las cuales –junto a los petroglifos o tallas, que abordaremos más adelante– representan un importante conjunto de evidencias sobre el papel del perro en la vida y la cosmovisión de los pueblos precolombinos de la República Dominicana; territorio que, además, es el espacio del Caribe antillano donde más diseños rupestrológicos caninomorfos se han podido identificar hasta hoy (Fernández et al., en prensa).

Las investigaciones realizadas sobre el tema que nos ocupa permiten definir la distribución del motivo rupestre “perro” en la República Dominicana, en un área que abarca desde la provincia de San Cristóbal, en la costa sur, hasta la provincia de Samaná, en la costa septentrional, alcanzando los mayores rasgos de realismo en Sierra Prieta, Comedero y Sánchez Ramírez (Gabriel Atilés, com. pers., 11 de febrero del 2006).

Sin lugar a dudas, la más lograda e impactante representación rupestre del perro precolombino en la República

Dominicana, y en todo el Caribe, es la pictografía en negro de la galería central de la Cueva del Hoyo de Sanabe, en la provincia de Sánchez Ramírez (fig. 21).

Esta figura, cuyas dimensiones superan el metro de largo, además de ostentar un impresionante realismo, es significativa por la representación detallada de los genitales, lo cual, obviamente, cumplió un rol determinante en el mensaje que se transmitía con este diseño y que hoy no hemos podido descodificar.



Fig.21. Diseño caninomorfo de la Cueva del Hoyo de Sanabe, Sánchez Ramírez, República Dominicana (Foto: Divaldo Gutiérrez)

En la propia cueva de Hoyo de Sanabe se puede observar otro conjunto pictográfico (fig. 22), donde aparecen dos diseños de probable morfología canina, el primero de los cuales ofrece un incuestionable parecido con un perro, presentando, al igual que en la pictografía antes descrita, la representación de sus genitales.

El segundo dibujo, ubicado a la derecha del anterior, se presenta algo borroso, pero es posible identificar en él los rasgos de un cuadrúpedo, muy probablemente un cánido.

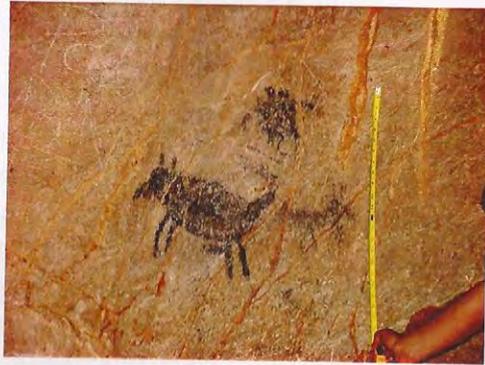


Fig. 22. Representación pictográfica caninomorfa de la Cueva del Hoyo de Sanabe, Sánchez Ramírez, República Dominicana
(Foto: Divaldo Gutiérrez)

Al sur de la provincia de Sánchez Ramírez –donde se encuentra la ya comentada cueva de Hoyo de Sanabe–, se ubica el territorio de la provincia de San Cristóbal, en el que se encuentran las Cuevas de Borbón o del Pomier, un interesante sistema de cavidades, en muchas de las cuales existe una profusa representación del arte rupestre precolombino de la República Dominicana.

En una de estas cavidades, conocida como Cueva No. 1 del Pomier o Borbón, se han reportado dos diseños de morfología canina. El primero de ellos (fig. 23) es, sin ninguna duda, una de las más emblemáticas representaciones del cánido precolombino, en la cual se pueden apreciar dos cánidos copulando.

Esta escena fue descrita de forma excepcional por el investigador dominicano Dato Pagán Perdomo, en 1978, cuando expresó: Esta pictografía excepcional es única en Las Antillas. Representa una escena sexual en la que aparecen dos perros mudos en evidente posición y actitud de cópula.

Obsérvese la posición montada de uno sobre otro. El que está debajo tiene una posición horizontal y el rabo levantado, mientras el que está encima tiene el cuerpo arqueado y exhibe el miembro en erección. Nótese también los testículos del que aparece encima (Pagán, 1978).



Fig. 23. Pictografía de dos cánidos copulando de la Cueva No. 1 del Pomier o Borbón, provincia San Cristóbal, República Dominicana
(Foto: Divaldo Gutiérrez)

La segunda pictografía de la Cueva No. 1 del Pomier o Borbón, que ha sido identificada como un posible dibujo caninomorfo, ha generado algunas polémicas en el marco académico, pues, a pesar de tratarse de manera incuestionable de la representación de un cuadrúpedo, con otros rasgos apreciables, como la cola, no pocos investigadores han expresado sus dudas, al debatirse la posición espacial que este diseño ocupa en el contexto (fig. 24).

En este sentido, solo citaremos a Fernández et al. (en prensa), que explican, con un alto grado de razón, que variaciones espaciales con respecto al plano horizontal, en el arte rupestre dominicano, son extremadamente comunes, sobre todo en el arte rupestre del Pomier.



Fig. 24. Pictografía caninomorfa de la cueva No. 1 del Pomier o Borbón, San Cristóbal, República Dominicana
(Foto: Domingo Abreu)

En otra de las cuevas del Pomier, la conocida como Cueva No. 4, existe un dibujo (fig. 25), cuya definición morfológica, según algunos investigadores, es polémica. Sin embargo, nosotros consideramos que se ajusta perfectamente a un diseño caninomorfo, opinión que comparten otros investigadores, como, por ejemplo, el colega Domingo Abreu (com. pers., 27 junio de 2006).



Fig. 25. Pictografía caninomorfa de la Cueva No. 4 del Pomier o Borbón, San Cristóbal, República Dominicana
(Foto: Divaldo Gutiérrez)

Finalmente, en esta región del Pomier, donde hemos visto los diseños caninormos de las cuevas No. 1 y No. 4, también se encuentra la Cueva del Puente. En esta importantísima estación del arte rupestre dominicano se ha reportado la existencia de una pictografía (fig. 26), que se ha considerado representa un grupo de cuatro cánidos (Domingo Abreu, com. pers., 27 junio de 2006), algunos de los cuales parecen estar sentados sobre sus patas traseras, lo cual se repite en algunas figurillas de cerámica caninormas del país, como es el caso de la estatuilla de barro encontrada en el sitio Macao (fig. 8).

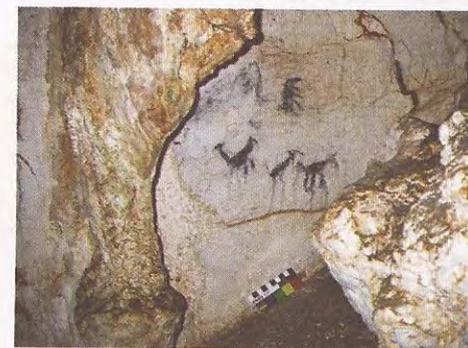


Fig. 26. Conjunto pictográfico de cuatro figuras de cánidos de la Cueva del Puente, San Cristóbal, República Dominicana
(Foto: Domingo Abreu)

Hace apenas dos años, el trabajo de especialistas del Museo del Hombre Dominicano, en los terrenos de la Compañía Minera Barrick Gold Corporations, en Pueblo Viejo de Coutí, provincia de Sánchez Ramírez, permitió identificar y documentar un total de 27 sitios con presencia de materiales arqueológicos y, de este grupo, en ocho sitios fueron reportadas importantes expresiones del arte rupestre dominicano.

En un salón interior de la denominada Cueva C, del sitio No. 4 (Luciano et al., 2011), fue reportado un diseño zoomorfo elaborado en negro, el cual representa un cuadrúpedo con

rasgos muy similares (orejas y cola) a los de un cánido, por lo que ha sido considerado como un diseño caninomorfo (fig. 27). El colectivo de investigadores que trabajó este sitio, al referirse al arte rupestre de la localidad, expresa:

En el interior de una pequeña sala, se localizaron alrededor de unas 25 pictografías con diferentes motivos, escenas representativas del ritual de la cohoba, diseños en forma de máscaras o antifaz, aves grandes y pequeñas, perro, así como diseños abstractos (Luciano et al., 2011).

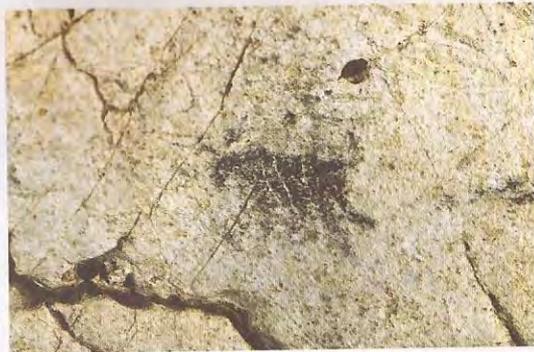


Fig. 27. Figura caninomorfa de la Cueva C del sitio No. 4 de Pueblo Viejo de Coutí, Sánchez Ramírez, República Dominicana
Foto: Ippolito Luciano)

Finalmente, para concluir los comentarios sobre los dibujos o pictografías caninomorfas de la República Dominicana, nos trasladamos hacia el noreste del país. En la provincia de Hato Mayor, en la costa meridional de la Gran Bahía de Samaná, en una pequeña bahía o ensenada conocida como Bahía de San Lorenzo, se encuentra, al pie de una de las elevaciones calizas que la bordean, una de las más importantes estaciones del arte rupestre dominicano, nos referimos a la Cueva de la Línea o del Ferrocarril, estación que posee un total de

1 244 diseños pictográficos, lo cual la convierte en el sitio arqueológico con más diseños pictográficos no solo de la República Dominicana, sino de todo el Caribe antillano.

En este sitio, en la pared derecha o septentrional de la galería principal, y a unos escasos 10 m de la entrada a la espelunca, se encuentra un diseño que parece representar un perro (fig. 28). Referente a este diseño, existen algunos criterios discrepantes, pues algunos investigadores consideran el dibujo mucho más cercano a la figura del jaguar que a la de un cánido.



Fig. 28. Pictografía de la Cueva de la Línea o del Ferrocarril, Hato Mayor, República Dominicana (Foto: Divaldo Gutiérrez)

Sobre este tema de discusión, debemos reconocer que viéndolo desde la semejanza morfológica esta apreciación puede ser correcta; sin embargo, hay que tener presente que el jaguar nunca formó parte de la fauna del grupo insular del Caribe y que, como han dicho otros investigadores:

...aun cuando no puede negarse que los mitos y tradiciones relacionados con el jaguar suramericano debieron llegar con los primeros colonizadores continentales y que probablemente se mantuvieron durante las continuas oleadas de penetración al

Caribe [...] las tradiciones mágicas y mitológicas del perro en las culturas continentales estaban y están bien definidas y, aunque compartan espacio con las del jaguar, la entrada de estas poblaciones al Caribe, donde no existían jaguares ni otros felinos, propició que el perro en el nuevo medio biótico-social acrecentara su papel hacia el interior de la psicología y mitología de las comunidades aborígenes que se asentaron y desarrollaron en nuestro medio geográfico, papel que, en nuestra opinión, no estuvo nunca condicionado a la influencia directa o indirecta del jaguar” (Fernández et al., en prensa)

• Petroglifos

En lo adelante, continuaremos abordando la presencia del perro en la plástica de los pueblos originarios de la República Dominicana, pero en esta oportunidad desde la talla rupestre o petroglifos. Representar al cánido precolombino mediante petroglifos no fue una práctica muy generalizada en el ámbito caribeño y tampoco en la isla de La Española, quizás el petroglifo caninomorfo más representativo de los dados a conocer hasta hoy sea el reportado en la isla de Puerto Rico, en una de las piedras que conforman la Plaza Central A, del famoso Centro Ceremonial de Caguana, donde se aprecia un importante diseño canino que, por la forma del sustrato, aparenta estar en posición de sentado sobre sus patas traseras (Oliver, 1998).

Para la República Dominicana, solo hemos logrado reunir tres reportes de figuras caninomorfas, todas en los hermosos paneles tallados de las piedras acumuladas en la margen derecha del Charco de Las Caritas, en el curso del Río Chacuey, a unos 600 m del Centro Ceremonial Indígena de Chacuey, Dajabón. El investigador dominicano Gabriel

Atilés Bidoal, al referirse al arte rupestre de este lugar, escribió: “Entre las figuras más importantes cabe destacar a Boynayel, dios lloroso de la lluvia, las aves unidas por el pico, escenas de caza; perros corriendo detrás de aves, y figuras antropomorfas con complicadas indumentarias o tocados” (Atilés, 2005).

El primero de estos diseños aparece ubicado en la pared bastante vertical de una de las primeras piedras que observa el explorador al llegar al Charco de las Caritas (fig. 29). Es el más característico de los tres petroglifos que comentaremos, sus orejas y la particular forma de representar el rabo dejan muy poco margen de dudas sobre su relación directa con el perro precolombino.



Fig. 29. Petroglifo caninomorfo del Charco de Las Caritas, Río Chacuey, Dajabón, República Dominicana (Foto: Divaldo Gutiérrez)

El segundo de los petroglifos de Chacuey con rasgos morfológicos semejantes a los de un perro (fig. 30) fue reportado en una expedición realizada al sitio en el año 2006, por miembros del Espeleogrupo Dominicano y la Sociedad Espeleológica de Cuba. En este caso, aunque menos definido que el petroglifo antes comentado, también se pueden apreciar en su morfología algunos rasgos de posible orientación canina.



Fig. 30. Segundo petroglifo caninomorfo del Charco de Las Caritas, Río Chacuey, Dajabón, República Dominicana (Foto: Divaldo Gutiérrez)

Finalmente, un tercer petroglifo caninomorfo del Charco de las Caritas, en el Río Chacuey (fig. 31), está ubicado en uno de los planos más horizontales de las piedras que bordean dicho sitio, y fue reportado por los espeleólogos dominicanos Manuel Rosario y Domingo Abreu, ambos miembros del Espeleogrupo de Santo Domingo. Sobre este diseño no se han realizado comentarios en estudio arqueológico alguno, su morfología lineal rompe con sus dos homólogos; sin embargo, es incuestionable la representación de un cuadrúpedo, asimismo la morfología del rabo recuerda, sin dudas, los típicos movimientos que con él hacen los cánidos.

En este sentido, es importante dejar establecido que – aunque en muchos casos, como es de esperar, no se puede asegurar que los diseños representen al perro precolombino, sin correr el riesgo de cometer un error histórico–, como ya se ha expresado por numerosos investigadores, entre la fauna del Caribe precolombino no existen muchas opciones para conectar, a nivel de especies, estas imágenes de cuadrúpedos medianos con orejas avivadas y largas colas. Como expresara el investigador puertorriqueño José R. Oliver, es el perro el único animal cuadrúpedo doméstico que los aborígenes agricultores del Caribe tenían.



Fig. 31. Tercer petroglifo caninomorfo del Charco de Las Caritas, Río Chacuey, Dajabón, República Dominicana (Foto: Domingo Abreu)

Todos estos hallazgos de pictografías y petroglifos de apariencia caninomorfa en el territorio dominicano se pueden contabilizar en ocho sitios, que van desde el extremo oeste, en la provincia de Dajabón; pasando por el centro del país, en Sánchez Ramírez; el sur, en las cuevas de Borbón, en San Cristóbal; hasta la zona noreste, en la costa sur de la Bahía de Samaná, en Hato Mayor. En este panorama se han identificado hasta hoy 11 conjuntos rupestres con presencia de este tipo de diseños, y se han aislado 16 figuras caninomorfas (Tabla III).

Tabla III. Registro del reporte de diseños o figuras caninomorfas en el arte rupestre de la República Dominicana

CATEGORÍA	SITIO	PROVINCIA	CONJUNTOS CON DISEÑOS CANINOMORFOS	FIGURAS CANINOMORFAS
PICTOGRAFÍAS	Cueva hoyo de sanabe	Sánchez Ramírez	2	3
	Cueva C	Sánchez Ramírez	1	1
	Cueva No. 1 del Pomier	San Cristóbal	2	3
	Cueva No. 2 del Pomier	San Cristóbal	1	1
	Cueva del Puente	San Cristóbal	1	4
	Cueva de la Línea	Hato Mayor	1	1
PETROGLIFOS	Charco de las Caritas, Chacuey	Dajabón	3	3
TOTAL			11	16

Todos los resultados antes comentados permiten ubicar a la República Dominicana como el territorio del Caribe Antillano donde mayor número de sitios del arte rupestre presentan diseños caninomorfos, reportándose hasta hoy un total de siete, que representan el 50 % de los conocidos para la región. Le siguen en número de sitios Cuba, con 4 y Puerto Rico, con 2 (Tabla VI).

Tabla VI. Cantidad de sitios del arte rupestre del Caribe antillano con presencia de figuras caninomorfas y su peso porcentual en la región

LOCALIDAD	CANTIDAD DE SITIOS DE ARTE RUPESTRE CON DISEÑO CANINOMORFOS	PESO PORCENTUAL
República Dominicana	7	50%
Cuba	4	28%
Puerto Rico	2	14%
Guadalupe	1	7%
TOTAL	14	100%

Un cemí llamado Opiyelguobirán

Para la arqueología contemporánea, el perro –además de su participación efectiva en la vida diaria de los pueblos originarios, la cual se expresaba en su importante actuación en los eventos de caza, en la custodia de campamentos y aldeas, en la exploración de entornos desconocidos, etc.– tuvo también entre sus funciones principales un importante rol mitológico o mágico dentro de la cosmovisión de las comunidades aborígenes de nuestra región.

Uno de los argumentos sostenidos por los investigadores para defender esta afirmación es, precisamente, lo que hemos tratado en los acápites anteriores: la importante frecuencia con que aparece el perro en no pocos objetos utilitarios y super estructurales de nuestras comunidades aborígenes. Esta realidad ha sido interpretada, en muchas oportunidades, como la confirmación arqueológica de algunos pasajes mitológicos que han llegado a nuestros días y que fueron perpetuados a partir de las crónicas de los primeros años de la conquista y colonización.

Quizás el caso más representativo de esta relación sea el pasaje –**ya citado**³– que el fraile ermitaño Ramón Pané nos cuenta en su importantísima obra *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, sobre lo que escuchó decir a los indígenas de La Española en relación con una de sus deidades: el cemí Opiyelguobirán. En este sentido, un análisis detallado solo permite establecer, como únicos lazos de relación entre el cemí Opiyelguobirán y el perro, la relación morfológica establecida por Pané,

³ La cita sobre Opiyelguobirán, escrita por Ramón Pané, aparece reproducida textualmente en la parte de esta obra dedicada a las Crónicas e Historiadores de Aon en La Española.

al decir: “El cual cemí Opiyelguobirán dicen que tiene cuatro pies, como de perro...” (Pané; en Arrom, 1990). No obstante, otros investigadores han considerado el actuar de Opiyelguobirán, descrito por Pané, como otro rasgo característico del comportamiento canino: “...y que muchas veces por la noche salía de casa y se iba a las selvas. Allí iban a buscarlo, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas; pero él se volvía a las selvas” (Pané; en Arrom, 1990).

Sin embargo, otros investigadores han señalado que este actuar es típico de cualquier animal de origen salvaje que sea llevado de forma involuntaria al cautiverio, aunque, en este sentido, hay que aceptar el hecho de que Pané deja bien establecido la relación de este cemí con un cuadrúpedo y fue el perro, como ya se dijo, el único animal cuadrúpedo doméstico que los aborígenes caribeños **tuvieron**⁴.

En este debate académico, no pocos autores, al analizar el pasaje de Pané, han considerado que este numen no debe necesariamente asociarse con la figura de un cánido y, por el contrario, han sugerido que la expresión de Pané revela solo un rasgo de similitud, no un rasgo de identificación. Para estos investigadores, Opiyelguobirán pudo ser una representación mimética entre el cánido y otra especie, como por ejemplo un hombre-perro o, mejor aún, una deidad sin morfología definida, pero con patas de perro.

Ante todas estas contradicciones, pero apoyando el criterio de que Opiyelguobirán es un ente con patas de perro, el doctor José Juan Arrom, en su trascendental obra *Mitología y arte prehispánico en Las Antillas* (1975 [1989]), considera haber identificado una representación del cemí Opiyelguobirán, descrito por fray Ramón Pané,

⁴ Otros autores han considerado el mantenimiento en cautiverio de otros cuadrúpedos, como la jutía, un proceso también de domesticación. Ver Pose, Sampedro y Celaya (1988)..

en una pieza de madera (fig. 32), que fuera encontrada por William Gabb (1869-1870) en la Bahía de Samaná, y reportada por Krieger en 1931 (Veloz y Ortega, 1980). El criterio del Dr. Arrom se expresa así:

...he localizado una efigie, procedente de Santo Domingo, que se ajusta exactamente a la descrita por Pané. Se encuentra en la institución Smithsonian de Washington, mide poco más de un metro de altura, es de madera, tiene cuatro pies como de perro y como de perro el cuerpo desde la cintura hacia abajo (Arrom, 1990).



Fig. 32. Ídolo taíno de madera de la Bahía de Samaná, identificado como Opiyelguobirán. Colección Smithsonian Institution, en la actualidad en el Museo del Hombre Dominicano (Foto: Divaldo Gutiérrez)

Siguiendo la línea de pensamiento y apoyando la visión que, sobre los relatos del fraile Ramón Pané, tiene el profesor Juan José Arrom, los investigadores Marcio Veloz Maggiolo y Elpidio Ortega consideraron como una figura representativa del cemí Opiyelguobirán la pieza que fuera reportada en 1977 por el arqueólogo y empresario Manuel García Arévalo (fig. 33). Dicha pieza, encontrada en la Cueva del Bretón, en la provincia María Trinidad Sánchez, presenta un parecido singular con la pieza descrita anteriormente.



Fig. 33. Ídolo de madera de la Cueva del Bretón, María Trinidad Sánchez, República Dominicana

Finalmente, haciendo uso de un criterio menos exigente que en los casos anteriores, otra talla en madera –en este caso un dujo–, que fuera encontrada en la provincia de Higüey, fue propuesta como representante del cemí Opiyelguobirán (fig. 34).

Dicha propuesta fue realizada por el investigador dominicano Abelardo Jiménez Lambertus, quien nos informa que la pieza pertenece a la Colección García Arévalo. En su artículo, publicado en el Listín Diario, del 20 de abril de 1985, Jiménez Lambertus, nos dice: El duho al que nos referimos en especial, forma parte de los fondos arqueológicos de la Fundación García Arévalo.

Está fabricado en madera dura (*Gualacum* sp.) y procede de la provincia de Higüey en la región este del país... Con respecto a la simbología contenida podemos concluir señalando que se trata de esa entidad mitológica Taína: Opiyelguobirán (Jiménez Lambertus, 1985).

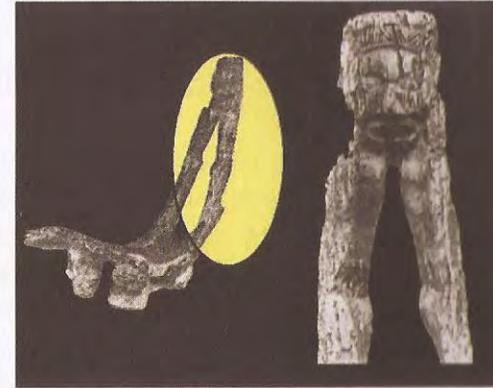


Fig. 34. Dujo de madera de la provincia de Higüey, en la República Dominicana, perteneciente a la colección García Arévalo, que ha sido propuesto como representativo del cemí aborigen Opiyelguobirán (Jiménez Lambertus, 1985)

Comentarios finales

Los estudios sobre el cánido precolombino del Caribe, de forma general (Fernández et al., en prensa), y de la isla de La Española, en particular, han permitido llegar a algunos resultados arqueológicos que, si bien no son definitivos, sí aportan importantes informaciones que contribuyen a la reconstrucción biomorfológica de estos cánidos, al entendimiento de los diferentes patrones de la relación humano - perruna, la comprensión de la inserción y el peso o papel ideológico del perro en diferentes aspectos, como los modos de vida, la organización social, el desarrollo de las estructuras de poder, etc., de las sociedades precolombinas de nuestras islas.

En este sentido, por ejemplo, hoy se ha logrado definir, a través del análisis de los restos óseos recuperados en sitios arqueológicos de la región, que se trataba de un perro de tamaño mediano; aunque algunos especialistas defienden que se puede identificar en el material colectado una ligera variación de talla. Su peso se estima entre los 6,8 y 10,4 kg. El cráneo, estudiado a partir de un número importante de restos, era de tipo mesocefálico, o sea, con una relación media entre longitud y ancho de la cabeza. Asimismo, partiendo de los relatos de los cronistas que vieron el perro a su llegada al Caribe, se ha podido determinar que este presentaba orejas erectas y pelaje corto, de colores variados (Jiménez y Arredondo, 2011).

Además, estudios detallados sobre piezas arqueológicas han permitido confirmar que, al parecer, la relación humano-canina en las comunidades agroceramistas en el Caribe estaba caracterizada por un número importante de cánidos.

En este sentido también apuntan las crónicas; se conoce, por ejemplo, que durante el segundo viaje de Colón se produjo el siguiente incidente:

...en una isla mayor que las otras donde había una gran aldea de la cual huyeron los habitantes. Encontraron allí numerosas tortugas y 40 perros no de gran tamaño, que no eran demasiado malos ni ladraban (Andrés Bernáldez; en Jiménez y Fernández, 2002).

Si bien, en algún momento, la expresión “40 perros” pudo parecer algo exagerada, hoy esta intensa interacción tiene respaldo arqueológico.

Por ejemplo, las investigaciones contemporáneas han demostrado, por el estudio de los materiales osteológicos de cánidos, que el número mínimo de individuos (NMI) presente en no pocos sitios es significativo. Tales son los casos de los sitios Morell, en la isla de Guadalupe, y Silver Sands, en Barbados; ambos sitios con NMI = 15; o los sitios Sorce, en la isla de Vieques, Puerto Rico, y el sitio Cueva Bélica, en Cuba, en los cuales los estudios definieron el NMI = 50, siendo significativo el caso de Cueva Bélica, donde los arqueólogos han recuperado un total de 47 mandíbulas.

Estos estudios, encaminados a la determinación del número mínimo de individuos, en la República Dominicana han sido ejecutados con precisión solo para la muestra de 46 dientes de cánidos de la colección obtenida en el sitio Cueva de Playa Guayacanes, en San Pedro de Macorís (fig. 20).

En este caso, el análisis fue realizado sobre la base de la pieza dentaria más frecuente (canino superior derecho), lo cual permitió identificar en esa muestra piezas dentales de al menos 11 individuos (Jiménez y Arrazcaeta, 2005).

Dicha cifra, aunque no se acerca a las obtenidas en algunos sitios de Cuba y Puerto Rico, es sumamente importante, pues en este caso no se trata de evidencias óseas primarias; por el contrario, reflejan en sí la cantidad de individuos que de una forma u otra participaron en el aporte de la materia prima para la elaboración de este conjunto de pendientes.

En este sentido, no pocos autores han discutido si estas piezas eran obtenidas de animales muertos o se obtenían en vida, pero tal debate no implica una reducción del número de individuo, como se ha mal interpretado en algunas investigaciones, ya que sea cual fuera el origen de estas piezas sus portadores eran individuos diferentes.

Al respecto, es preciso comentar que el análisis de varias mandíbulas de perros de islas del Caribe ha permitido confirmar que los amerindios antillanos hacían extracciones de dientes premolares a los perros en vida (Wing, 1991; Jiménez y Arrazcaeta, 2005); al parecer, para controlar el efecto prensor del aparato masticatorio sobre las presas (Jiménez y Arrazcaeta, 2005). Esta actividad bien pudo funcionar como fuente de materia prima, con la acumulación de dientes de cánidos para la confección de collares, brazaletes o tobilleras, que hoy encontramos en los sitios arqueológicos.

Nosotros, al evaluar las evidencias registradas en la República Dominicana, consideramos que los procesos de acumulación de piezas dentarias de cánidos para la elaboración de objetos corporales se manifestaron tanto en individuos vivos, como en individuos fallecidos, de los cuales fueron oportunamente colectadas antes de desaparecer. Un ejemplo de esto último pueden ser las piezas perforadas encontradas en el sitio La Cucama, Santo Domingo, las cuales, al ser molares en su mayoría, no guardan relación con los procesos de extracción propuestos por Wing (1991) y Jiménez y Arrazcaeta (2005).

Quizás uno de los más complejos, pero apasionantes capítulos de los estudios de la relación hombre - perro en la sociedades originarias del Caribe antillano sea el de las relaciones sepulcrales entre ellos, y sus implicaciones en la expresión del pensamiento mágico-religioso de estas comunidades.

La relación sepulcral antes comentada, entre el perro y el hombre de nuestro pasado precolombino, ha sido abordada en gran parte de la literatura arqueológica, a partir del criterio de la aceptación de un supuesto complejo ceremonial que agrupaba a los cánidos y al hombre. Sin embargo, a partir del registro arqueológico obtenido hasta hoy, para nuestra área geográfica, y de las evidencias que de él se derivan, resulta difícil sostener la idea de un patrón cultural panantillano, según el cual el perro jugó un papel sobrenatural, de perro guardián después de la muerte (Oliver, 1998).

Dicha dificultad está dada porque en la mayoría de los sitios la relación directa entre entierros humanos y de cánidos no puede ser debidamente establecida, reportándose un escaso número de sitios donde esta asociación puede ser interpretada con cierto margen de certeza.

En este sentido, es precisamente en la República Dominicana donde se han documentado los mejores ejemplos de dicha asociación, en los yacimientos del Carril, en la Cordillera Septentrional y Juandolio, en San Pedro de Macorís. Pero es, sin lugar a dudas, el cementerio aborigen de La Caleta, en Santo Domingo, D. N., el caso mejor documentado de esta posible relación. En este sitio, de filiación osteoide, y con una antigüedad estimada de entre 1 500 y 1 300 años A.P., fue excavado y expuesto un complejo funerario constituido por un esqueleto de un perro de gran talla, que estaba acompañado de dos cráneos de infantes aborígenes y varias vasijas de cerámica.

Al decir de Racso Fernández, Divaldo Gutiérrez, José González y Juan Cuza, en su obra Aon. El perro precolombino de las Antillas:

Este impresionante conjunto ritual es el único caso, hasta hoy, donde se ha podido observar con precisión lo que pudiera estar indicando un ritual funerario con asociación entre el perro y los humanos (Fernández et al., en prensa).

Otras asociaciones en nuestra región, sugeridas por diferentes autores, carecen de una documentación precisa. Tales son los casos de los sitios Cueva de la India, en la sierra de San Carlos, Guane, Pinar del Río, y Cueva del Negro, en Villa Clara, ambos en la isla de Cuba; o del sitio Corrales de Ojo del Toro, también en la mayor de las Antillas, donde en realidad los restos de cánidos están a más de 20 metros del enterramiento humano, lo que ha impedido, hasta el momento, establecer elementos certeros de asociación directa entre ambos (Pino e Izquierdo, 2003).

Esto se repite en los sitios Punta Candelero y Sorcé, ambos en la isla de Puerto Rico, donde las osamentas de cánido no estaban, en ningún caso, en asociación directa con los enterramientos humanos (Chanlatte y Narganes, 2005; Rodríguez, com. pers., 12 de octubre de 2006 y Fernández et al., en prensa).

Finalmente, quisiéramos comentar de manera breve algunas opiniones sobre las piezas de madera que en la República Dominicana han sido asociadas con Opiyelguobirán. La primera de ellas (fig. 32), identificada como este numen aborigen por el ilustre investigador Juan José Arrom (1990) es, sin lugar a dudas, una pieza que guarda mucha relación con la descripción que de dicho miembro del panteón mitológico taíno hace el fraile Ramón Pané.

Esta opinión ha sido admitida por la generalidad de los investigadores del Caribe. En República Dominicana, los arqueólogos Marcio Veloz Maggiolo y Elpidio Ortega (1980) ratificaron como suyos los criterios de Arrom (1990) sobre dicha pieza, y propusieron que otra talla en madera (fig. 33), muy similar a la anterior, encontrada en la Cueva del Bretón, provincia María Trinidad, debía ser también considerada como el cemí Opiyelguobirán.

Sin embargo, como ya vimos antes, otra pieza (fig. 34) —en esta oportunidad un dujo perteneciente a la colección García Arévalo que, en alguna medida, se acerca morfológicamente a las anteriores—, ha sido de igual forma asociada con Opiyelguobirán, por el investigador dominicano Abelardo Jiménez Lambertus (1985).

En este sentido, debemos decir que dicha asociación necesita de elementos que son difíciles de reconocer en esta pieza. Por ejemplo, es bastante difícil lograr definir en ella la terminación de las patas —pies— delanteras o traseras de lo que debía ser un cuadrúpedo (identificadas en los otros dos casos), patas que, según Arrom (1990), debían ser “como de perro”, no son reconocibles; tampoco hay otros rasgos corporales que permitan una asociación caninomorfa.

Surge una divergencia: si los únicos elementos con relativa capacidad diagnóstica que nos dejó Pané (en Arrom, 1990) para la identificación del cemí Opiyelguobirán, son sus rasgos caninomorfos, y en el caso que nos ocupa son de difícil identificación, entonces nosotros consideramos que la asociación propuesta para este dujo, al dejar muchos espacios a la duda razonable, debe ser revisada, y hasta tanto esta revisión no se realice, dicha pieza no debe ser considerada como una representación de Opiyelguobirán, dentro de la iconografía aborigen de las Antillas.

Para concluir esta monografía, se puede dejar establecido que hemos localizado en La Española un total de 13 sitios arqueológicos con evidencias óseas del perro precolombino, en tres de los cuales se hallaron piezas dentarias que también constituyen objetos del arte aborigen, por estar labradas como pendientes y muchas de ellas decoradas; también se han ubicado cinco sitios en la República Dominicana y uno en Haití con presencia de piezas del arte aborigen que representan figuras caninomorfas —aunque se han identificado otras cinco piezas similares, de las cuales se desconocen sus sitios de origen—; finalmente, se han localizado siete sitios del arte rupestre donde se representan figuras caninomorfas. La distribución geográfica de todos estos sitios se puede apreciar en la figura 35.

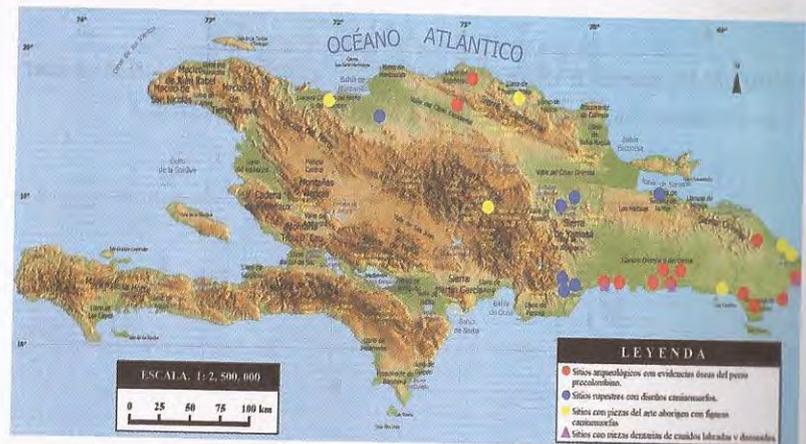


Fig. 35. Distribución geográfica de los sitios con algún tipo de evidencia arqueológica relacionada con el cánido precolombino de La Española

Después de todo lo comentado hasta aquí, queda claro que los procesos de transformación cultural que ocurrieron en la actual República Dominicana, a partir de 1492, enmascararon y ocultaron la relación humano-perruna existente en la Quisqueya precolombina.

Los impactos generados por ese hecho convirtieron al perro precolombino en un dato más de la historiografía nacional, que lo recogió como el perro “mudo”, desconociendo la importancia de un elemento histórico que ha sido poco abordado como lo que es: uno de los procesos más complejos de las relaciones de nuestras comunidades precolombinas con el medio que las rodeaba.

Sin embargo, esta breve revisión demuestra que existen muchas evidencias arqueológicas que, aunque han sido estudiadas en su mayoría de forma dispersa, pueden ser agrupadas y exploradas de conjunto, constituyéndose en “datos arqueológicos”, que nos permitirán cumplir con nuestro rol fundamental: el análisis y la reconstrucción social.

Entonces, en esta obra hemos dado solo un paso, al evaluar las evidencias: las relaciones esperan por nosotros.

Referencias

Referencias

1. Arrom, J. J. (1990): Relación acerca de las antigüedades de los indios. Nueva versión con notas, mapas y apéndices. Editorial Ciencias Sociales, La Habana. 150 pp.
2. Atilas, G. (2005): "Chacuey", en Blogspot, <http://chacu.blogspot.com>
3. Baztan, F. J. (1971-1972): "Los Amuletos precolombinos de Santo Domingo", en Revista Dominicana de Arqueología y Antropología, Año 2, Vol. 2, No. 2 y 3, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
4. Borroto - Páez, R. (2011): "Los mamíferos invasores o introducidos", en Borroto-Paez, R. y C. A. Mancina (eds.): Mamíferos de Cuba, pp. 220-241, UPC Print, Vaasa, Finlandia.
5. Chanlatte, L. e Y. Narganes (2005): Cultura la Hueca. Museo de Historia, Antropología y Arte, Universidad de Puerto Rico, Recinto Río Piedras, San Juan.
6. Colón, C. (1961): Diario de navegación. Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana.
7. Fernández de Oviedo, G. (1851): Historia General y Natural de Las Indias. Tomo I, Libro III, Imprenta de la Real Academia de Historia, Madrid (4 Vol.).
8. Fernández, R; D. A. Gutiérrez, J. B. González, J. Cuza (en prensa): Aon. El perro precolombino de las Antillas. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
9. Fewkes, J. (1907): "The Aborigines of Puerto Rico and the Neighboring Islands", en XXV Annual Report of the

Bureau of American Ethnology, for 1903-1904, Smithsonian Institution, Washington D. C.

10. Gutiérrez, D. y E. Jaimez (2008): "Breves notas sobre el origen de Aon. El perro precolombino de Las Antillas", en *El Explorador*, periódico digital de la Sociedad Espeleológica de Cuba, No. 47, 26 de marzo.

11. Jiménez Lambertus, A. (1985): "Nueva identificación de Opiyelguobirán en un duho taíno", en *Suplemento del Listín Diario*, 20 de abril, p. 6, Santo Domingo.

12. Jiménez, O. (2012): "Arte Taíno", en *Boletín Gabinete de Arqueología*, 9 (9): Tarjeta coleccionable, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

13. Jiménez, O. y R. Arrazcaeta (2005): "Pendientes de perros y focas de los agroalfareros de La Española", en *Boletín Gabinete de Arqueología*, 4 (4): 189-193, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

14. Krieger, H. W. (1931): *Aboriginal Indian Pottery*. Smithsonian Institution United State National Museum, Bulletin No. 156, Washington D. C.

15. Las Casas, B. (1929): *Historia de las Indias*. Vol. I-III, Editorial M. Aguilar, Madrid.

16. Lawrence, B. (1978): *Dogs from the Dominican Republic*. Cuadernos CENDIA, Vol. CCLXIII (8), Santo Domingo.

17. Luciano, I; H. Olsen; J. Rubio y C. Aguirre (2011): *Catalogo Arte Rupestre Pueblo Viejo de Cotui*. Publicación conjunta del Museo del Hombre Dominicano y Barrick Pueblo Viejo Dominicana Corporation, Santo Domingo.

18. Morbán Laucer, F. (1980): "Los figurines de arcilla en la prehistoria", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, IX (13): 81-114, Santo Domingo.

19. _____ (1982): *La representación del perro precolombino en el arte y la mitología*. Suplemento del Listín Diario, 2 de enero, Santo Domingo.

20. _____ (1984): "Fauna extinguida de la Hispaniola", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, XII (19): 27-43, Santo Domingo.

21. Newsom L. A. and E. S. Wing (2004): *On Land and Sea. Native American Uses of Biological Resources in the West Indies*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama.

22. Oliver, J. R. (1998): *El Centro Ceremonial de Caguana, Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y poderío caciquil taíno de Boriquen*. Archaeopres, British Archaeological Reports: 232.

23. Olsen, F. (1974a): *On the trail of the Arawaks*. Norman, University of Oklahoma Press, Oklahoma.

24. _____ (1974b): *Indian Creek: An Arawak Site on Antigua, West Indies*. University of Oklahoma Press, Oklahoma.

25. Ortega, E. (2005): *Compendio general arqueológico de Santo Domingo*. Volumem 1. Editado por la Academia de Ciencias de República Dominicana, Santo Domingo.

26. Pagán, D. (1978): *Nuevas Pictografías en la Isla de Santo Domingo*. Las Cuevas de Borbón. Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.

27. Pino, M. y G. Izquierdo (2003): "Presencia del llamado perro mudo en ritos funerarios de comunidades aborígenes agroalfareras", en *El Caribe Arqueológico* (7): 93-98, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

28. Portuondo, F. (1977): *El segundo viaje de descubrimiento*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

29. Pose, J.; R. Sampedro y M. Celaya (1988): "Contribución al estudio de roedores en la época prehispánica mediante el análisis de tomografía axial computarizada, rayos X y exámenes microscópicos de evidencias óseas", en *Anuario de Arqueología*. Centro de Arqueología y Etnología, Editorial Academia, La Habana.

30. Rímoli, R. O. (1977): *Nuevas citas para mamíferos precolombinos en La Española*. Cuadernos CENDIA, Vol. CCLIX (5), Santo Domingo.

31. Rodríguez, M. (2007): *Tras las huellas del Perro Indígena*. Publicaciones Puertorriqueñas, San Juan.

32. Roe, P. G. (1997): "Just Wasting Away: Taino Shamanism and Concepts of Fertility", in *Taino. Pre-Columbian Art and Culture from the Caribbean*, The Monacelli Press, Museo del Barrio, New York.

33. Serpell, J. (1995): *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interaction with people*. Cambridge University Press.

34. Tanodi, A. (1971): *Documentos de la Real Hacienda de Puerto Rico. Volumen 1 (1510-1519)*, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, San Juan.

35. Torres, D. (2006): *Taínos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro*. Editorial Asesor Pedagógico, México, D. F.

36. Torres, L. (2009): *Los vertebrados del sitio arqueológico Canímar Abajo, Matanzas, Cuba*. Tesis en opción al grado de Máster en Zoología y Ecología Animal, Facultad de Biología, Universidad de la Habana. (Inédito) En los archivos del Instituto Cubano de Antropología.

37. Valadez, R. (2003): *La Domesticación Animal*. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F.

38. Veloz, M. (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Ed. Banco Central de la República Dominicana, Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Santo Domingo.

39. Veloz, M. y E. Ortega (1980): "Nuevos hallazgos arqueológicos en la costa norte de Santo Domingo", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, IX (13): 11-61, Santo Domingo.

40. Wayne, R. K. (2010): "Recent Advances in the Population Genetics of Wolf-like Canids", En *The World of Wolves: new perspectives on ecology, behaviour and management*, Marco Musiani, Luigi Boitani, and Paul C. Paquet (Eds.), University of Calgary Press 4 (2): 15-50

41. Wing, E. S. (1991): "Dog Remains from the Sorce Site on Vieques Island, Puerto Rico", en *Illinois State Museum Scientific Papers*, v. 23: 379-386,